

«CUEENTOS FABULOSOS EN FORMA DE HISTORIA»: EL *QUIJOTE* FRENTE A LA HISTORIOGRAFÍA

ISABEL ROMÁN GUTIÉRREZ

Universidad de Sevilla

iroman@us.es

Resumen: Desde Américo Castro, que siguió la sugerencia de Mayans, numerosos estudios han dado cuenta de la vinculación del *Quijote* con la crisis historiográfica de su época. Este estudio pretende añadir argumentos a la interpretación de la novela cervantina como crítica de los discursos que, sirviéndose de la ficción, se ofrecían como históricos, interpretación que reduce a mero subterfugio irónico la parodia de las novelas de caballerías. El entramado enunciativo de la novela remite a una realidad social y a determinadas prácticas de escritura, que Cervantes distingue bien mediante la oposición entre la «historia verdadera» y la «verdadera historia».

Palabras clave: Cervantes, *Quijote*, historiografía, «historia verdadera» / «verdadera historia», ficción.

Pervive todavía entre parte de la crítica la interpretación de la parodia de los libros de caballerías como objetivo primordial del *Quijote*, aun cuando constan las ambigüedades que el propio Cervantes muestra al respecto y relevantes críticos han señalado los vínculos existentes entre la novela, la producción de textos históricos de la época y la coyuntura sociocultural en la que el relato se gesta: son referencias inexcusables, a la zaga de Américo Castro, Harvey, Senabre, Wardropper, Johnson, Márquez Villanueva o Moner, entre otros muchos, y desde luego los estudiosos de los moriscos españoles. A modo de adelanto de un trabajo de mayor alcance, estas páginas pretenden aportar algún argumento más que afiance la consideración de la controvertida historiografía áurea como uno de los motivos germinales de la construcción literaria del *Quijote*, especialmente de su estructura enunciativa.

A día de hoy se han hecho muchas puntualizaciones sobre el texto histórico, que se entiende como un discurso no exento de subjetivismo y susceptible de ser invadido por algún tipo de ficción. Pero para la tradición

doi: https://doi.org/10.59010/9783967280494_018

La actualidad de los estudios de Siglo de Oro. A. Sánchez Jiménez, C. López Lorenzo, A. J. Sáez y J. A. Salas (eds.). Kassel, Edition Reichenberger, 2023, págs. 207-216

neorristotélica la historia tenía que contar la verdad de los hechos, y a esta idea se suma Cervantes («los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados, como los que hacen moneda falsa», dice don Quijote, II, 3). Sin embargo, buena parte de la historiografía de la época no tenía inconveniente en conjugar datos contrastados con invenciones disparatadas, y el asunto provocó polémicas entre los propios historiadores.

Cuando Cervantes afronta su novela, son asuntos candentes tanto la crisis de la historiografía, que había ido en aumento a lo largo del siglo XVI, como la confusión genérica y terminológica a la que había dado lugar esa crisis, una de cuyas consecuencias fue la ingenua credulidad de algunos lectores, incapaces de distinguir entre historia y ficción, habida cuenta del uso indiscriminado de los procedimientos de uno y otro género. Y no solo por las formas narrativas (el recurso al manuscrito encontrado), sino también por la apariencia exterior y la imagen de los libros, por no hablar de la contaminación entre los títulos: en la maleta de la venta cervantina se encuentran tres «libros grandes» (formato habitual de los libros de caballerías), dos de ellos historias caballerescas y un tercero con la crónica (presumiblemente verídica) del Gran Capitán, señal de que el dueño —el propio Cervantes, a juzgar por el título de uno de los manuscritos que acompañan a estos libros impresos— podía andar cavilando sobre ambos géneros. Si la *Crónica de los Reyes Católicos* de Pérez del Pulgar (1567) aprovecha estampas de la edición de Cromberger del *Amadís*, la *Crónica del Gran Capitán* de Alcalá (1582) —tal vez la hallada en la maleta— lleva en su portada la imagen de un caballero. Los locos, como don Quijote, o los ignaros, como Palomeque, preferirían las historias más extraordinarias, cuya verdad iba avalada con las consabidas certificaciones burocráticas. Tanto más cuanto que los autores aseguraban la veracidad de lo narrado, a la manera de la *Crónica sarracina* (1499) de Pedro del Corral —a quien Pérez de Guzmán en 1591 llamó «liviano e presuntuoso onbre», y a su obra «trufa o mentira paladina» (Barrio Sánchez 1998: 60)— y de otras obras que le siguieron.

Durante el XVI se intenta reconstruir la historia de España con un propósito identitario y nacionalista, en un discurso que trata de dotar a España de orígenes bíblicos y visigóticos, y de consolidar la pureza racial y religiosa de los españoles sin reparar en imposturas. Sin embargo, en una época en la que arreciaba el problema del linaje, hay también un discurso contrario al dominante, surgido de los moriscos, que buscan legitimar su calidad de españoles y suavizar sus condiciones de vida y la consideración de sus prácticas religiosas. A finales de la centuria, el so-

nado descubrimiento del pergamino y los plomos del Sacromonte (1588, 1595), por un lado, y la amplia difusión de las obras de Ginés Pérez de Hita (*Historia de las guerras de Granada*, 1595) y Miguel de Luna (*La verdadera historia del rey don Rodrigo*, 1592 y 1600), así como la divulgación desde 1594 de los falsos cronicones de Román de la Higuera, debieron de llamar poderosamente la atención de Cervantes, dado el crédito generalizado del que tanto escritos como hechos gozaban entre la población e incluso entre muchos letrados. A su gusto por el entretenimiento y la ficción debió de sumarse la desfachatez de los «historiadores» para hacerle intuir, seguramente una vez comenzado el *Quijote*, las enormes posibilidades que ofrecía el hidalgo manchego. Por eso, entiendo que las publicaciones y hechos aludidos debieron de ejercer alguna influencia sobre el *Quijote*, que a través del modelo de los libros caballescicos pondrá de manifiesto irónicamente la improcedencia tanto de añadir invenciones a textos que debieran ser rigurosos como de sustentar la ficción con asideros a la verdad.

Los libros de caballerías estaban siendo cuestionados desde el siglo anterior, lo que haría irónico, por innecesario, el explícito propósito cervantino. Los había censurado por mentirosos en 1533, en el *Diálogo de la lengua*, Juan de Valdés —para quien un historiador falaz como Diego de Valera era «hablistán» y «parabolano» (Barbolani 1982: 253)—, aun cuando reconoce en ellos cosas buenas y haberlos leído con tanta fruición como don Quijote, Palomeque o el propio canónigo. Crítica similar era la de Pedro Mexía en la *Historia imperial y cesárea* de 1545 (1552: fols. 113r-113v), y por las mismas fechas Alonso de Fuentes presentaba en su *Suma de filosofía natural* (1547: fol. 114r) a un personaje, posible prefiguración de don Quijote, que pierde la cabeza por los libros de caballerías.

A Cervantes, quien por otra parte valoraba el entretenimiento proporcionado por los libros de caballerías, le interesaba y le preocupaba la historia. Seguramente había leído la *Historia verdadera* de Luciano, quien defiende los derechos de la ficción; también a Guevara, que solo buscaba el entretenimiento sin hacer alardes de rigor histórico, acusado por el bachiller Pedro de Rúa de «da[r] fabulosas narraciones por historias» (1736: 6, 72), pero mencionado jocosamente en el prólogo de la primera parte, donde parece festejarse entre líneas su frescura frente a la irritante erudición lopesca. Conocía el prólogo del *Amadís*, donde Rodríguez de Montalvo se decanta claramente por la ficción. Habría leído la novela de Heliodoro tal vez en la anónima traducción salmantina de 1581, que lle-

vaba el prólogo que puso Jacques Amyot a la edición francesa de 1547; en él, Amyot considera las ficciones caballerescas «cuentos fabulosos en forma de historia», y más bien «sueños de algún enfermo que desvaría con la calentura, que invenciones de algún hombre de espíritu sano y juicio» (recogido en López Estrada 1954: LXXIX-LXXX). Aunque en la biblioteca de don Quijote no había libros de historia, sí los habría, según Eisenberg (1987), en la de Cervantes; además, como asegura Alberto Blecua (2006: 334), demuestra ser un excelente conocedor crítico de la historiografía. Redactó una *Relación de fiestas* por el nacimiento de Felipe IV; es más que probable su participación en la *Topographía e historia general de Argel*, y se relaciona con historiadores como Cabrera de Córdoba, a quien elogia en el *Viaje del Parnaso*: «es de la historia conocido dueño, / y en discursos discretos tan discreto, / que a Tácito verás si te le enseño» (II, vv. 109-111).

Las falsificaciones de Granada se produjeron durante la estancia del escritor en esa ciudad. Tuvo que conocer el entusiasmo del arzobispo Pedro de Castro por esos documentos, que hizo traducir a Alonso del Castillo y Miguel de Luna, ambos moriscos y traductores del árabe. Ignacio de las Casas supo ver que el problema morisco, los hallazgos y algunos de los traductores mantenían un fuerte vínculo, y fue testigo de cómo las traducciones eran sesgadas, pues el obispo las orientaba y conducía según sus propios intereses. Tal vez este asunto esté detrás de las críticas cervantinas a la traducción en el escrutinio (I, 6) y en la imprenta de Barcelona (II, 62), y de que Cide Hamete no se muestre conforme con su traductor (II, 44). Pedro de Valencia, a quien Cervantes pudo conocer en Madrid, fue junto con Arias Montano uno de los principales detractores de las falsificaciones. Luna y Castillo serían en realidad los autores de los falsos textos, atribuidos a fuentes casi divinas. Los supuestos traductores siguen pues el mismo procedimiento que muchos de los libros de caballerías y los pretendidamente históricos, que en última instancia entroncan con los supuestos relatos contemporáneos a la guerra de Troya de Dictis y Dares en los siglos IV y VI: recuperados tras un terremoto, estaban grabados en caracteres fenicios en unas tablillas, metidos en una caja de plomo y sepultados en una tumba. De las complicaciones derivadas de este andamiaje se burla ya Teófilo Folengo en el *Baldus*, cuya anónima adaptación castellana, de 1542, conoció Cervantes: la multiplicidad de autores y transmisores (Merlín Cocayo —seudónimo de Folengo—, el maestro Juan Acuario, el mago Palagrio...) conforman un revoltijo difícil de seguir que también tendría presente Cervantes.

Luna fue urdidor de, como diría Pedro de Valencia, otra de esas «cosas nuevas que nunca fueron antiguas» (Morocho 1999: 430): la *Verdadera historia del rey don Rodrigo*. Aseguraba basarse en dos fidedignos historiadores árabes, Abentarique (que se encomienda a Dios para que lo «encamine a su servicio, y cumpla de su divina gracia») y Abençufián, como Pedro del Corral había acudido a Eleastras, Alanzuri y Carestes. Añade unas imposibles cartas del siglo VIII, entra ellas una del moro Muza que comienza, también muy cristianamente: «los loores a Dios nuestro Señor, Criador de todos los nacidos...» (Bernabé Pons 2001). Cuando el traductor cervantino se enreda en la justificación de que Cide Hamete jure «como católico cristiano» (II, 27) parece difícil ignorar una alusión burlona a la doble práctica religiosa de los moriscos que se transparenta en los textos citados.

También debió de incomodar a Cervantes la fabulación de Pérez de Hita (traductor de Dictis y Dares), cuyas *Guerras de Granada*, narradas por el moro Abén Hamín, acuden a la autoridad de historiadores tan dispares como Pedro del Corral, Hernando del Pulgar o Esteban de Garibay. Los títulos de determinados capítulos cervantinos remiten burlescamente a otros de Hita.

Hacia todos estos casos apunta el complejo entramado enunciativo del *Quijote*, que hace alarde de imprecisión en las fuentes («digo que dicen que dejó el autor escrito», II, 12) o cuestiona su legitimidad (no encuentra más datos sobre la historia «a lo menos por escrituras auténticas», I, 52), además de la falta de rigor cronológico y las evidentes aporías. Por razones similares manifestaba Arias Montano ante la traducción de las falsificaciones granadinas su perplejidad, que expresa al arzobispo en carta de 1593 (Cabanelas 1969: 20). El manuscrito cervantino en «caracteres arábigos», y el morisco «aljamiado» remiten a las supercherías granadinas, como en su conjunto el capítulo final de la primera parte, en el que un médico (como Alonso del Castillo) encuentra en una ermita que se derribaba, y en una caja de plomo, unos «pergaminos escritos con letras góticas», que se «sacan en limpio» dificultosamente y que «se entregaron a un académico para que por conjeturas los declarase». Como «conjeturas» consideró Arias Montano el embrollo de interpretaciones de los textos de Granada (Cabanelas 1969: 20). Los escolios del manuscrito de Cide Hamete (uno sobre la buena mano de Dulcinea para salar cerdos, otro para cuestionar la veracidad del episodio de la cueva de Montesinos), no solo aluden a Lope: también Luna llena su texto de aclaraciones a propósito de vo-

cablos oscuros o fechas de la Hégira, y por Arias Montano sabemos que el pergamino de Granada tiene una anotación al margen. Los epitafios argamasillescos que cierran la primera parte, vinculados al *Baldus*, parecen parodiar también el tono de los que concluyen la vida de Almanzor en el libro de Luna.

El germen de Cide Hamete está en los narradores tradicionales de los libros caballerescos (Elisabat, Fristón o Xartón), pero de manera más directa en los árabes de Luna e Hita. E incluso en el propio Luna, que se llamaba a sí mismo «arábigo cristiano»: Cide Hamete, despojado significativamente del calificativo religioso, es un historiador «arábigo y manchego», contemporáneo pariente de un arriero de Arévalo, en clara referencia al famoso *mancebo*, versado en lenguas clásicas, historiador y arriero, que, como los falsarios de Granada, trató de dar una pátina islámica a textos cristianos. Luna visitaba parientes en Toledo, y se vio envuelto en un proceso inquisitorial contra unos mercaderes que vendían libros islámicos traducidos al castellano. Si esta relación es cierta, como creo, Cide Hamete sería el reflejo socarrón no solo de los fingidos autores antiguos, sino también de un historiador tan poco fiable como Luna. Tendríamos, pues, otro «sinónimo voluntario» de los que se quejaba Avellaneda, y que ha estudiado Abraham Madroñal (2016). Pedro de Castro se había llevado a su casa a Luna y Castillo para asegurarse la traducción; también el narrador cervantino acoge en la suya al morisco, aunque a cambio de un exiguo pago que contrasta con la enorme cantidad desembolsada por el arzobispo. Si Castro encargó a Luna que tradujera los libros plúmbeos «fiel y verdaderamente con todo rigor y propiedad en cuanto le fuera posible» (García Arenal y Rodríguez Mediano 2010: 181), el morisco cervantino promete traducir el manuscrito «bien y fielmente y con mucha brevedad» (I, 9). Como apuntó López Baralt (2008: 352-353), en el asunto de los plomos Castro se comporta como el segundo autor quijotesco (que identifico claramente con la primera persona que comienza el relato y encuentra en el capítulo noveno el manuscrito), pues se apropia del descubrimiento, lo hace traducir y lo manipula. La no tan ingenua credulidad de Castro se convierte en irónica certeza en el narrador cervantino.

Ya observó Hitchcock (2004: 175) que tenía que haber mucha gente falsificando la historia para que un autor insistiese tanto en la verdad de su relato. Y Harvey (1974: 7-8) había advertido que la crítica a los libros de caballerías funciona solo en un primer nivel de lectura, el de don Quijote; más allá, en el de Cide Hamete, el objetivo es la pseudohistoria.

Estos géneros resultaban tan afines que no resulta extraño que Cervantes los tuviera a ambos en el horizonte de su parodia.

Son bien conocidas las afirmaciones en torno a la verdad y a la historia en la novela. Quiero detenerme, sin embargo, en un par de detalles. Cuando Cervantes se refiere a los libros de entretenimiento, y en particular los caballerescos, utiliza el sintagma «verdadera historia» (que, por cierto, da título al libro de Luna en sus primeras ediciones, aunque más tarde se invertiría), y esto ocurre nueve veces en la primera parte, bien en relación con la de don Quijote, bien con la de Galaor, la de Dorotea o su ficción como Micomicona. A Turpín, el supuesto fabulador de Carlomagno, se le denomina también «verdadero historiador». Lo mismo sucede en la segunda parte, en cinco ocasiones, una de ellas a propósito de la representación de Gaiferos y Melisendra. Las dos únicas menciones de «historia verdadera», por el contrario, tienen lugar en la primera, y son significativas: se localizan en el capítulo 32, cuando el cura considera que la *Crónica del gran capitán* «es historia verdadera y tiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba» y opone los libros de historia a los caballerescos, que exigen un lector consciente de la ficción, pues «no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros». La historia del Gran Capitán va acompañada, desde 1580, de la autobiografía de Diego García de Paredes. El cura propone al ventero como alternativa a los héroes caballerescos las hazañas, exacerbadas por la imaginación popular, de este Sansón extremeño. Pero esas hazañas (detener con un dedo una rueda de molino o derrotar él solo a un ejército «innumerable») son muy similares a las caballerescas, cuya desmesura el mismo Pero Pérez acababa de criticar en un párrafo similar a otro de Luis Vives de 1524 (Hoowe 1995: 61-62). Cabe preguntarse por qué el cura entiende como hechos inverosímiles los de las caballerías y como históricos los de Paredes. Creo que esta es la clave de la ironía cervantina: los libros de historia estaban utilizando los recursos ficcionales, aumentando en consecuencia la confusión.

La ausencia de referencias a la «historia verdadera» en la segunda parte lleva a pensar que el asunto de las imposturas granadinas y los falsos libros de historia, y su trasfondo morisco, no son ya el objetivo prioritario de Cervantes, aunque vuelve a ocuparse de la expulsión, tema de actualidad en ese momento, en el episodio de Ricote. No obstante, seguirá explotando sus recursos, y aun profundizando en ellos, y en particular en el de los falsos narradores. Es en el capítulo tercero de esta segunda parte cuando Sansón Carrasco expresa la fórmula neoaristotélica que habían

dado por buena los preceptistas: «el poeta puede contar o cantar las cosas no como fueron, sino como debían ser, y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna». En realidad, don Quijote se acoge a la poesía, pues la historia que ambiciona para sí es un poema heroico encomiástico, como ha estudiado Blasco Pascual (2005: 76). Pero todo queda desautorizado tanto por Sancho, que requiere «la verdad de la historia» aunque no favorezca al héroe, como por el propio don Quijote, que pone reparos (como también el narrador en la primera parte) a lo sustancial, a su cronista: como los moriscos de Granada, Luna o Hita, es «falsario, embelecador y quimerista» (II, 3). Don Quijote dará una vuelta de tuerca al asunto cuando en II, 62, defiende la verdad de su historia frente a Avellaneda, convertido desde el capítulo 59 en la diana de Cervantes. Si en la primera parte Cide Hamete y el traductor remitían a la crisis historiográfica y la cuestión morisca, en la segunda aumentan su eficacia como mecanismos narrativos, toda vez que la ocasión que dio lugar a su aparición ha quedado un tanto desdibujada por el tiempo.

Decía Gómez Canseco (2005: 61) que en la novela hay una historia paralela a la de las hazañas caballerescas del loco: sus personajes leen, escriben, traducen, copian, glosan, transmiten lo encontrado en anales, crónicas, manuscritos, cartapacios o la tradición oral. Es esta otra historia la que, a mi modo de ver, permite interpretar el *Quijote* en relación con la historiografía. A fin de cuentas, como decía el Pinciano, «el poeta es inventor de lo que nadie imaginó, y el historiador no hace más que trasladar lo que otros han escrito». Cervantes, «raro inventor», propone que se pueda «mostrar con propiedad un desatino», como aseguraba en el *Viaje del Parnaso* (IV, v. 27): esto es, reconocer el estatuto propio de la ficción, y dejar para tareas más rigurosas la historia.

OBRAS CITADAS

- BARRIO SÁNCHEZ, J. Antonio, ed., Fernán Pérez de Guzmán, *Generaciones y semblanzas*, Madrid, Cátedra, 1998.
- BARBOLANI, Cristina, ed., Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, Madrid, Cátedra, 1982.

- BERNABÉ PONS, Luis F., ed., Miguel de Luna, *Historia verdadera del rey don Rodrigo*, Universidad de Granada, 2001.
- BLASCO PASCUAL, Francisco Javier, *Cervantes, raro inventor*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2005.
- BLECUA, Alberto, «Cervantes, historiador de la literatura», en *Signos viejos y nuevos*, Barcelona, Crítica, 2006, págs. 327-340.
- CABANELAS, Darío, «Arias Montano y los libros plúmbeos de Granada», *Miscelánea de estudios árabes y hebraicos. Sección Árabe-Islam*, 18, 1969, págs. 7-41.
- EISENBERG, Daniel, «La biblioteca de Cervantes», en *Studia in honorem prof. Martín de Riquer*, Barcelona, Quaderns Crema, 1987, II, págs. 271-328.
- FUENTES, Alonso de, *Suma de philosophía natural*, Sevilla, Juan de León, 1547.
- GARCÍA ARENAL, Mercedes, y Fernando RODRÍGUEZ MEDIANO, *Un Oriente español. Los moriscos y el Sacromonte en tiempos de la Contrarreforma*, Madrid, Marcial Pons, 2010.
- GÓMEZ CANSECO, Luis, *El «Quijote», de Miguel de Cervantes*, Madrid, Síntesis, 2005.
- HARVEY, Leonard P., *The moriscos and «Don Quixote»*, Offprint of the Inaugural Lecture in the Chair of Spanish Delivered at the University of London, King's College, 11 november 1974.
- HITCHCOCK, Richard, «Cervantes, Ricote and the Expulsion of the Moriscos», *Bulletin of Spanish Studies*, 81.2, 2004, págs. 175-185.
- HOOWE, Elizabeth Teresa, ed., Juan Luis Vives, *Instrucción de la mujer cristiana*, Madrid, FUR / Universidad Pontificia de Salamanca, 1995.
- LÓPEZ-BARALT, Luce, «El sabio encantador Cide Hamete Benengeli: ¿fue un musulmán de Al-Andalus o un morisco del siglo XVII?», en *Cervantes y las religiones*, ed. de Ruth Fine y Santiago López-Navia, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert, 2008, págs. 727-738 y 340-359.
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco, ed., Heliodoro, *Historia etiópica de los amores de Teágenes y Cariclea*, Madrid, Aldus, 1954.

- MADROÑAL, Abraham, «Juan Palomeque y otros “sinónomos voluntarios” entre Cervantes y Lope de Vega», *Anales Cervantinos*, 46, 2016, págs. 127-143.
- MEXÍA, Pedro, *Historia imperial y cesárea*, Anvers, Martín Nucio, 1552.
- MOROCHO GAYO, Gaspar, ed., Pedro de Valencia, «Discurso sobre el pergamino y láminas de Granada», *Obras completas, IV/2: Escritos políticos*, Universidad de León, 1999.
- RÚA, Pedro de, *Cartas censorias sobre las obras historiales del obispo don Antonio de Guevara* (1549), Madrid, Manuel Fernández, 1736.